

Actuar con Andrés Pérez: Memorias Teatrales. **De Sebastián Vila. Santiago: Editorial Cuneta, 2025**

Fernando Mena¹

fernando.mena@upla.cl

fe.mena@profesor.duoc.cl

El Presente

Actuar es, sin duda, uno de los fenómenos más complejos que me ha tocado experimentar en la vida. Implica la articulación de capas teóricas, sensoriales y cognitivas que convergen en el cuerpo del intérprete. La actuación excede el mero desempeño técnico, ya que implica procesos neuromotores, afectivos y perceptuales que se despliegan en tiempo real y que, como se ha señalado en campo de la neurociencia cognitiva aplicada a las artes performativas, el fenómeno aún no ha sido completamente descrito. Se ha comprobado que un actor en escena puede activar más redes neurofisiológicas que un ajedrecista en plena partida, que un surfista corriendo una ola u otro deportista de alto rendimiento. La actuación es un estado de hiperconciencia, un modo de estar/habitar el mundo. Sin embargo, este despliegue fisiológico y mental no tendría sentido sin la dimensión esencial que Declan Donnellan identifica en *El actor y la Diana*, y que básicamente, es la capacidad de habitar el presente. Para Donnellan, el presente no es un mero instante temporal, sino un espacio de verdad escénica donde se suspende lo mecánico y aparece lo irreplicable. Actuar es “estar disponible al ahora”, permitir que el cuerpo y la atención respondan a lo que acontece, sin recurrir a la anticipación ni a la nostalgia del gesto ya ejecutado. Desde esta perspectiva, el presente se convierte en la posibilidad de verosimilitud, aquello que hace que una acción escénica sea necesaria, única e imposible de replicar exactamente del mismo modo. Es así, que habitar el presente es, en escena, la esencia misma del “ser en la vida”: una forma de concentración ética y sensible donde la actuación se vuelve acontecimiento vivo.

En este marco, la figura de Andrés Pérez adquiere una relevancia particular. Su trabajo escénico no sólo transformó las prácticas teatrales chilenas desde fines del siglo XX, sino que también propuso una concepción del actor profundamente anclada en la presencia, en la vitalidad comunitaria y el uso del cuerpo como espacio de memoria y resistencia. Pérez concebía el teatro como un acontecimiento colectivo, donde la energía del intérprete circulaba con intensidad entre quienes actuaban y quienes observaban, produciendo una experiencia compartida que difícilmente podía separarse de su contexto social y político. Su énfasis en el cuerpo vivo no era únicamente estético, se trataba de una ética de la presencia que desafiaba la rigidez institucional, que celebraba lo popular y que situaba la actuación en un territorio de transformación afectiva **siempre desde el presente**.

Actuar con Andrés Pérez

Aunque no pertenecí a la generación que vivió directamente la irrupción y trabajo de Andrés Pérez en la escena nacional, su figura siempre ha estado instalada como un referente ineludible dentro de la historia cultural del país. Durante los años noventa, para buena parte de quienes crecíamos lejos de las ciudades capitales con grandes centros culturales, el acceso a las artes estaba mediado por la televisión, por los escasos recursos audiovisuales disponibles o por las bibliotecas públicas y escolares. Fue precisamente a través de estos circuitos, particularmente de la televisión, que muchas personas conocimos dos hitos fundamentales del teatro chileno: *La Pérgola de las Flores*, de Isidora Aguirre, y *La Negra Ester*, dirigida por Andrés Pérez. Esta última, en particular, se consolidó como un acontecimiento que transformó el espectro teatral chileno, redefiniendo su relación con el espacio público, con la identidad popular y con la tradición escénica nacional.

A partir de los años 2000, diversas generaciones de actores y pedagogos formados directa o indirectamente bajo la influencia de Pérez, continuaron transmitiendo su legado. Su presencia se hace visible en las metodologías, en los enfoques corporales y en la comprensión comunitaria del acto teatral que se enseñó (y aún se enseña) en instituciones de formación superior. Asimismo, intérpretes y colaboradores que participaron en diferentes etapas de *La Negra Ester* han construido, desde sus propias trayectorias, un archivo vivo que da cuenta del impacto del trabajo de Pérez en la escena chilena.

Es precisamente frente a ese legado, frecuentemente transmitido de manera fragmentaria y afectiva, que adquiere especial relevancia un libro como *Actuar con Andrés Pérez. Memorias teatrales* de Sebastián Vila. Ya que no sólo documenta experiencias, sino que permite reconstruir, con distancia crítica, un marco de sentido para comprender el modo en que Pérez articuló su práctica artística, su pensamiento escénico y su relación profesional y cotidiana con los colectivos que formó. Se trata, en definitiva, de un objeto de memoria que contribuye a fijar, complejizar y expandir la figura de uno de los directores fundamentales del teatro chileno.

Hacer memoria.

Sebastián Vila, en la primera parte del libro, nos invita al ejercicio de hacer memoria, a recorrer un Santiago y un Chile noventero, nos invita a ensayar con él, a reunirnos esos años atrás, en la presencia del maestro. A remontarlos a la juventud, de un estudiante de teatro en medio de una transición a una supuesta democracia, al ímpetu de querer crear en la efervescencia del cambio, pero con tintes grises aún de un mundo cultural rearmándose post dictadura. Y luego, también nos invita a ser testigos del proceso de un actor en la relación íntima con su maestro, uno que lo observa, confía, lo defiende y lo hace brillar, como lo hacen los grandes directores, acompañando y entregando lo más valioso, ese amor inconmensurable por el oficio.

De forma sensible, Sebastián nos traslada a ese tiempo para llenarnos de anécdotas cariñosas, divertidas y sorprendentes, y claro, otras tan tristes, en las desilusiones, críticas y distanciamientos. Ante los detalles que alguna vez quise saber, hoy Sebastián nos abre un poquito esa puerta de la sala de ensayo o del escenario, para que seamos parte también de ese recordar el proceso de haber compartido con el “teatrista más importante de Chile”.

Actuar con Andrés Pérez: memorias teatrales se presenta como un ensayo de admiración, como una despedida necesaria y pendiente en las palabras de su autor. Y es que insisto en el ejercicio de hacer memoria, traer ese espacio al presente, donde siempre debe palpitar el amor y legado de Andrés Pérez. Sebastián también convoca a otros colegas, en la segunda parte del libro, a intentar desnudar esas historias y percepciones individuales de las metodologías empleadas por Andrés Pérez en sus procesos creativos, para poder definir una técnica. Puedo entender, leyendo las respuestas de los admirados y admiradas colegas, las mixturas de aprendizajes y enseñanzas que solidariamente compartía el maestro. Su estancia en Francia con la maestra Ariane Mnouchkine, su anclaje a lo popular, su origen, su imaginario, su planteamiento político de resistencia, su apertura a desestructurar los cánones y lo más importante, la humanidad plasmada en el trato con sus actores, no son sino, los grandes ingredientes que le dieron a sus procesos lo que, como lector, me atrevo a llamar una técnica, que al final de todo tiene que ver con lo que planteaba al inicio de esta presentación, con la esencia de ser en la vida, ser en el presente, en la verdad palpitante de ser único e irrepetible siempre.

Tributar y honrar a nuestros muertos, es, sin duda, el mejor ejercicio de persistencia y presencia hoy. Puesto que mi actuación y camino se forjaron en el trabajo y luz, de quienes estuvieron antes.

Actuar es hacer, y se hace en el presente. Dejarse afectar con lo que ocurre en este preciso instante diría Stanford Meinsner. Dejar que ese espectro que es el personaje te encuentre como dice la maestra Ariane Mnouchkine, somatizar ese ser-personaje-literario en tu cuerpo vivo, cuasi un acto erótico dice Alfredo Castro, porque somos seres cargados de un exceso de memoria, que es lo maravilloso. Soy, porque tú eres, hago porque tú haces, siento, porque tu sientes. Somos porque otros fueron. Te recuerdo porque aún vives en mí. Y este libro de Sebastián Vila es un apéndice de su historia con Andrés Pérez, un archivo para habitar el presente, que es donde el maestro quería y quiere que nos encontremos.

Sigamos de esa forma contando la historia del teatro chileno, parafraseando al mismo Andrés Pérez llegando a los camarines a hablarle a sus actores en medio de la función, como tan bien lo comparte y describe Sebastián, “Cuenten la historia” en el goce de vivir por lo que se cree justo y por lo que se ama.